

El sistema agroalimentario industrial global es parte del problema

KATTYA CASCANTE

El sistema actual de producción alimentaria duplica las necesidades energéticas de la población mundial. Unos 8.000 millones de personas podrían estar consumiendo diariamente más de 3.600 calorías diarias frente a las 2.000 que la Organización Mundial de la Salud (OMS)¹ considera necesarias. Esto nos coloca ante un escenario de injusticia alimentaria dado que, pese a existir alimentos suficientes, su acceso se reduce para más de 800 millones de personas, pero también inadecuado para cerca de 1.900 que padecen sobrepeso y obesidad.

Por lo tanto, más de 2.700 millones de seres humanos, padecen desnutrición y sobrepeso, dos problemas alimentarios que, cada vez, tienen mayor prevalencia conjunta, dado que la anemia se oculta entre las calorías vacías. Pero esta malnutrición no es la única consecuencia del modelo actual de la seguridad alimentaria. Por otro lado, los dos tercios restantes de las personas que habitan nuestro planeta tienen vinculada su salud y esperanza de vida a una cuestionable calidad y cantidad de alimentos definida por el mercado y los índices financieros. Lejos de calificar y priorizar las calorías idóneas en cada cultura, clima, para cada persona y edad, nuestro sistema mundial alimentario reduce la demanda global de alimentos a una proyección económica. La necesidad vital de comer no se mide en alimentos sino en dinero. Estos cerca de 5.300 millones de seres humanos, además, han normalizado que un tercio de la población mundial nazca con una sentencia de muerte, con posibilidades prácticamente nulas de cambiar su destino a pesar de la conquista social que reconoce la alimentación como un derecho fundamental.

¹ OMS, «Alimentación sana», Organización Mundial de la Salud [en línea], 31 de agosto de 2018, disponible en: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/healthy-diet>

La globalización del sistema alimentario

El objetivo de erradicar el hambre es un desafío que existe desde mucho antes de que la globalización pudiera explicar las relaciones internacionales de los alimentos. Sin embargo, mientras el hambre del siglo XIX versaba sobre la incapacidad productiva y de almacenamiento, el expolio, las plagas, los intereses de las colonias, las sequías y riadas, la falta de tecnología, el aislamiento, etc., el hambre de los últimos sesenta años no encuentra suficiente explicación en este argumento. La alimentación en 2023 responde a un sistema mundial deconstruido que prioriza el agronegocio y el beneficio financiero antes que la disponibilidad, idoneidad y sostenibilidad alimentaria.

La globalización de los alimentos alcanza su máxima expresión en el modelo industrial dominante. Este es intensivo, especializado, concentrado, se financia en la bolsa y ha sido estimulado por la expansión de la gran distribución para incrementar sus beneficios. Un modelo alimentario que, viniendo de métodos tradicionales para posibilitar una alimentación fuera de temporada, se ha conducido hacia la estandarización de los productos según las normas de los distribuidores y a la reestructuración rápida de la industria agroalimentaria reproduciendo los intereses de los países más industrializados. Los países más poderosos acapararon el trabajo cualificado en el campo, semillas y variedades propias acondicionadas a la climatología de sus territorios. En lugar de acabar con el hambre, la dependencia alimentaria de los países más vulnerables aumentó al tiempo que disminuía el acceso a sus recursos. Con la apertura de los mercados locales a la alimentación básica importada a precios bajos, la presión sobre los pequeños agricultores campesinos e indígenas creció. O se incorporaban a la lógica productivista, endeudándose y haciéndose dependientes de las multinacionales y sus tecnologías, o la caída de los precios de la alimentación básica les expulsaba de los mercados locales y, por consiguiente, de sus tierras, encaminándoles a una emigración urbana forzada.

A raíz de la crisis de 1973, el cambio del sistema productivo supuso una pérdida del control del Estado sobre sus recursos y de la distribución de la riqueza y de las inversiones. El poder de las corporaciones sobre el sistema redefinió las condiciones para el establecimiento de un orden alimentario corporativo de lógica productivista que integraba dos procesos determinantes en esta nueva distribución del poder: la *securitización* y la financiarización.

En primer lugar, el proceso de *securitización* sitúa las competencias sobre el alimento en seis niveles de análisis: global, sistémico, civilizacional, unitario (estatal), grupal e individual.² De esta forma, varios Estados se agrupan en torno a una misma preocupación de garantizar el alimento sin circunscribirse a la seguridad nacional. La alimentación y los factores vinculados a ella se redirigen hacia la esfera pública generando una estructura en la que el Estado pretende recuperar la capacidad efectiva de regular los mercados, las relaciones sociales y garantizar el bienestar de su ciudadanía. Sin embargo, la globalización, al favorecer una relajación de los principios de la democracia y trasladar a ámbitos ajenos la toma de decisiones sobre las cuestiones que afectan directamente a la ciudadanía, provoca un alejamiento a su vez del propio control y se debilitan los principios de la gobernanza democrática. Por lo tanto, cuando el Estado securitiza (asegura) la alimentación se enfrenta a esta tensión al tiempo que prolifera su estrecha relación (negativa) entre su inserción en el mercado global de alimentos y las posibilidades de avanzar hacia una mejor nutrición de la población. La dependencia (asimétrica) entre los países industrializados y los países en transición y la falta de sostenibilidad del sistema productivo agroalimentario –deterioro ecológico, concentración de la riqueza, biopiratería, etc.– agudizan las desigualdades y ponen al límite los recursos del planeta.

La dependencia Norte-Sur y la falta de sostenibilidad del sistema agroalimentario agudizan las desigualdades y ponen al límite los recursos del planeta

En segundo lugar, el proceso económico de financiarización supone la integración de los mercados financieros nacionales en un mercado financiero global que reduce todo el valor intercambiado –tangible, intangible y cosechas futuras– a un instrumento financiero. Con ello, tanto las ganancias empresariales y los ahorros privados –entre ellos, de la seguridad social privatizada– como las reservas monetarias de todas las naciones confluyen hacia un único mercado global de títulos financieros encargado de distribuirlos en el mundo conforme a sus propios criterios de rentabilidad. Las dinámicas especulativas y la consiguiente burbuja financiera presionan al alza sobre los precios de las materias primas (incluidos los alimentos). La financiarización permite mantener el nivel de demanda global a un nivel muy superior a la capacidad de pago de quienes se endeudan, afectando los sistemas de protección social de algunos países y teniendo que eliminar buena parte de los

² Barry Buzan y Ole Waever, «Macrosecuritisation and security constellations: reconsidering scale in securitisation theory», *Review of International Studies*, núm. 35, 2009, pp. 253-276.

derechos adquiridos.³ Dicha arquitectura financiera posibilita una alta volatilidad de los precios, traduciendo en extensos beneficios cualquier varianza en las cosechas, comercialización y venta de alimentos. Por

La financiarización de los alimentos está detrás de la subida repentina de precios experimentada en 2022 al inicio de la invasión rusa de Ucrania

lo tanto, los precios de los alimentos, al reconocerse como activos financieros, quedan expuestos al igual que otros insumos. Este factor oculto disparó los precios de las materias primas alimentarias en la crisis financiera de 2008 y está detrás de la subida repentina de precios experimentada en febrero de 2022, al inicio de la invasión rusa de

Ucrania, cuando las cosechas de cereales no eran todavía un problema, pero se adelantaron decisiones financieras sobre las expectativas.

Por último, la proliferación de los tratados de libre comercio, unido a los dos procesos anteriormente descritos, constituye un nuevo constitucionalismo que señala la globalización como un proceso de dominación de intereses de las clases transnacionales sobre el resto.⁴ Una trampa que puede llevar a considerar el actual modelo de seguridad alimentaria como un modelo consensuado que integra los intereses de las organizaciones sociales, cuando la realidad es que ha rehuido acuerdos vinculantes y es ambivalente respecto de los medios y responsabilidades para lograr las transformaciones necesarias que garantizan el acceso equitativo de los alimentos.

Ideología agroindustrial. El sistema agroalimentario industrial es el resultado de cómo se aborda en el siglo XXI el desafío de la alimentación global. Existen sistemas alimentarios más racionales, justos y sostenibles, pero ninguno tan adecuado para convivir con el sistema neoliberal imperante. La denominada civilización del mercado impulsa un proceso contradictorio donde «la ideología neoliberal busca al mismo tiempo que la integración alimentaria a través del mercado, lógicas de desintegración y exclusión social».⁵ Es decir, mientras el neoliberalismo busca a través del mercado único integrar a todos los países bajo un mismo sistema alimentario, propicia nuevos paradigmas que obligan a adecuar la estructura del Estado a la racionalización (eficacia y productividad alimentaria). Ideológicamente,

³ Richard B. Freeman, «¡Es la ‘financiarización’!», *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 129, núm. 2, 2010.

⁴ Stephen Gill, «Globalisation, market civilisation, and disciplinary neoliberalism», *Millennium-Journal of International Studies*, vol. 24, núm. 3, 1995, pp. 399-423.

⁵ Stephen Gill, *Market civilisation, new constitutionalism and world order*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014, p.35.

el alimento deja de ser un derecho para interpretarse como gasto. Para minimizar los costes se impone la vía de la privatización y la desregulación que facilita la entrada de nuevos alimentos (ultraprocesados), lo que en la actualidad constituye un prerrequisito para aumentar la competencia potencial en los mercados y así restaurar la supuesta eficiencia perdida. Solamente el mercado parece poseer la virtud de asignar eficazmente los recursos y fijar el acceso a los alimentos.

De este modo, desde el plano ideológico discursivo se han difundido concepciones de eficiencia y privatizadoras en función del supuesto de que la administración privada del alimento es la mejor en última instancia y ante la que solo cabe el ajuste. Al concebirse como ideología, la globalización de la alimentación no sería la consecuencia de la dinámica económica mundial, sino la causa de que dicha dinámica adquiriera esta forma.⁶ Por lo tanto, la ideología neoliberal sería la que habría causado el auge del sistema alimentario industrial, y no la propia dinámica de la industria alimentaria la que habría traído esta globalización que no consigue garantizar una alimentación saludable y sostenible.⁷

El sistema agroalimentario industrial global

En la actualidad, el alimento dominante es de procedencia agroindustrial donde los innumerables servicios que añade (transporte, seguros, intermediarios comerciales, distribución...) condicionan el precio final, el tipo de empleo y el modelo de consumo.⁸ Se puede afirmar que de una sociedad de pobreza de masas se ha pasado al consumo de masas y de la saciedad alimentaria. Sin embargo, aunque amplíe la existencia de grandes mercados alimentarios accesibles a un gran número de personas, no supone la eliminación del subconsumo ni aporta idoneidad. La dificultad de acceso a los alimentos sigue vinculada en mayor medida a la producción y comercialización de los alimentos, así como el precio que alcanzan en el mercado de abastos y bursátil.

En relación con la producción, el sistema agroalimentario industrial viene de la mano de la innovación tecnológica, no solo cara a anticiparse a las necesidades

⁶ Robert Cox, «Gramsci, hegemony international relations: An Essay in method» en Stephen Gill (ed.), *Gramsci, historical materialism and international relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, pp.49-65.

⁷ Katty Cascante, «Obesidad y desnutrición: consecuencias de la globalización alimentaria», Catarata, Madrid, 2021.

⁸ Jean-Louis Rastoin, *Perspectivas estratégicas del sistema alimentario mundial: el modelo agroindustrial frente al modelo de proximidad*, 2004, disponible en: <https://goo.gl/J5CehQ>

mundiales de la alimentación de un futuro próximo, sino también como una cuestión de inversión con rentabilidad en un sector tradicionalmente de escaso valor añadido. La inversión global en el sector alimentario se ha triplicado desde 2004 hasta alcanzar los 100.000 millones de dólares en 2013, ofreciendo rentabilidades medias del 17% frente al 13 y 10% % de la energía o de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), respectivamente.⁹ Sin embargo, la tecnología responde al imperativo de la productividad que los grandes agroexportadores predicen y en menor medida cuestiones como la reducción de los desperdicios, las pérdidas de cosechas y la calidad de los alimentos. El sesgo a favor de la biotecnología ha sido evidente. Esta tecnología incide sobre el material genético de las semillas, de sus rendimientos y asociación con fertilizantes que los potencien. Es decir, es una tecnología que mantiene una estrecha relación con los circuitos de capital internacional y profundamente dependiente del petróleo, donde a su vez se ha producido la mayor inversión.

Por otro lado, los costos medioambientales, así como las consecuencias asimétricas sobre los distintos países y personas, son determinantes. La intensificación de la explotación y extracción de los recursos naturales ha desencadenado una extralimitación preocupante no solo en el aumento de la actividad agrícola para aumentar las cosechas de alimentos, también para usos alternativos como los agrocombustibles, los granos para la alimentación animal y como fuente de elaboración de todo tipo de mercancías (no propiamente alimentarias) para embalajes. Si bien la acción humana ha supuesto siempre una presión sobre estos recursos, el ritmo con que se ejercía ha permitido su recuperación (tierras en barbecho, por ejemplo). La aceleración de estos ciclos está provocando la destrucción de ecosistemas enteros, degradación de los sistemas tropicales, pérdidas de cuencas hidrográficas, disminución de integridad del suelo, erosión, desaparición de la biodiversidad en variedades tradicionales y semillas autóctonas, disminución del secuestro del carbono y deterioro del aire.¹⁰ Un colapso que a nivel local supone el avance de la desertificación, el agotamiento de minerales y acuíferos, la contaminación de suelos agrícolas y bosques por residuos tóxicos de larga duración (agrotóxicos), las explotaciones agrarias en ruinas, ciudades mineras desérticas y vertederos industriales abandonados. La extralimitación está dificultando la re-

⁹ Lutz Goedde, Maya Horii y Sunil Sanghvi, «Pursuing the global opportunity in food and agribusiness», McKinsey, 2015, disponible en: <https://www.mckinsey.com/industries/chemicals/our-insights/pursuing-the-global-opportunity-in-food-and-agribusiness>

¹⁰ Hernando Bernal, Carlos Sierra, Mario Angulo y Miren Onandia (Eds.) «Amazonía y agua: desarrollo sostenible en el siglo XXI», Unesco Etxea, 2009, disponible en: <https://goo.gl/Hyb6BL>

gulación del clima, la regeneración de la calidad del aire y el agua, incluso que los propios residuos vuelvan a poder utilizarse, etc. La actividad agraria profundiza su desconexión con el entorno, intensificándose la sobreexplotación y el deterioro de los recursos locales, –mano de obra y recursos naturales–, mientras se incrementa la dependencia de insumos –materiales y energía–, procedentes de otros territorios.

Estas potencialidades destructivas implican beneficios muy desiguales entre los países y sus poblaciones.¹¹ Fenómenos como el desvío de recursos naturales de los países periféricos hacia los países más industrializados y el alquiler de sus tierras para la explotación y beneficios de terceros suponen el saqueo de la naturaleza y del conocimiento y erosión del derecho campesino. La tendencia a la monopolización y privatización del acervo genético por parte de las corporaciones que patentan y mercantilizan todas las gamas y variedades de alimentos del planeta despoja a los países periféricos de su patrimonio biológico y cultural. No solo dejan de dominar sus cultivos, sino que terminan asumiendo patrones de consumo que responden a la rentabilidad más que a la necesidad o idoneidad.

Para los países del Sur la seguridad alimentaria pasa a ser sinónimo de dependencia creciente de las importaciones de alimentos que no solo incrementa su vulnerabilidad sobre la suficiencia; también sobre el equilibrio de su economía ecológica y financiera. Por otra parte, dadas las condiciones favorables de rentabilidad que ofrecen estos países para la implantación de industrias agroalimentarias, muchos de los activos de estas corporaciones se localizan en los países periféricos. El incremento de las operaciones de adquisición y/o control de empresas dentro del sistema alimentario industrial ha favorecido la manipulación sobre la territorialidad.¹²

Los procesos de apropiación y desposesión de lo local desde lo global amplifican y concentran el poder y la riqueza, deteriorando y empobreciendo sus tejidos económicos y sociales. Esto hace que los beneficios económicos dominen la agenda y los impactos ambientales se subestimen. Se produce una ruptura de la relación entre sociedad y naturaleza. Las transnacionales imponen un crecimiento que ignora los límites sociales y ecológicos.

¹¹ Robert Cox, *op. cit.*

¹² Lutz Goedde, Maya Horii, and Sunil Sanghvi, *op. cit.*

Alimentos ultraprocesados. Este sistema productivo determina la oferta de los alimentos. Si con anterioridad al actual sistema de producción industrial, la demanda venía determinada por la oferta, actualmente es al revés. Esto nos lleva a una cadena alimentaria donde el principal valor ya no está en la productividad agrícola, sino que se concentra en los últimos eslabones (distribución y presentación final). Esto ha permitido el encarecimiento de productos en función de su envasado final al mismo tiempo que el abaratamiento de alimentos procesados con un bajo nivel de nutrientes sustituidos por colorantes y potenciadores de sabor que embriagan a nuestro cerebro y paladar. El alimento natural se sustituye por un tratamiento especial para que permanezcan en buen estado después de mucho tiempo. Para su conservación se añaden aditivos como sal, azúcar, vinagre, alcohol, etc. y químicos como antibióticos para mejorar su aspecto y sabor durante largo tiempo. Son alimentos que debido a su envasado se pueden transportar y su preparación es rápida y sencilla.

Pero, ¿por qué elegimos alimentos ultraprocesados en nuestra dieta? Por dos motivos: nos gustan y son más baratos que los alimentos frescos. Desde la biología, los alimentos altamente energéticos garantizan la supervivencia y provocan en nuestro cerebro la liberación de sustancias que nos causan placer (endorfinas), deseo (dopamina), incluido el sexo (oxitocina). Sin embargo, que los alimentos ultraprocesados estén presentes en el 50%¹³ de nuestra cesta de la compra se debe también a una labor de *marketing* de la industria alimentaria que estimula la atracción por los productos que quieren vender. Los alimentos ultraprocesados, nos entran por la boca y los ojos que los perciben mucho más atractivos que los naturales y provocan una respuesta placentera mucho mayor, facilitando el desarrollo de conductas adictivas.¹⁴

Por último, en plena coyuntura inflacionaria destaca la diferencia entre la subida de los precios de consumo general y aquellos que se mantienen mucho más altos en la denominada inflación subyacente. Los alimentos frescos se exponen a una mayor volatilidad que los alimentos ultraprocesados y su larga conservación y rápida preparación se adecúa más al estilo de vida de la sociedad moderna. Estas

¹³ Ana Rubio, «Frescos y ultraprocesados se disputan la cesta de la compra», blog de Agroauténtico, 16 de agosto de 2020, disponible en: <https://agroautentico.com/2020/08/frutas-y-hortalizas-versus-industria-ultraprocesados/>

¹⁴ Javier Sánchez, «¿Por qué nos atraen tanto los alimentos ultraprocesados?», *El Diario*, Instituto de la Grasa (CSIC), 29 de agosto de 2019, disponible en: https://www.eldiario.es/andalucia/la-cuadratura-del-circulo/atraen-alimentos-ultraprocesados_132_1377554.html

diferencias en la asequibilidad de estos alimentos señalan a las clases sociales de poder adquisitivo más precario y otros colectivos vulnerables como son la infancia, madres gestantes y jóvenes con altos niveles de sobrepeso y llamativos cuadros de desnutrición.

Desperdicios y pérdida de alimentos. Un tercio de los alimentos que se producen en el mundo destinado al consumo humano –alrededor de 1.300 millones de toneladas por año– se pierden o desperdician.¹⁵ Esto se traduce en recursos –agua, tierra, fertilizantes, etc.– y emisiones de gases de efecto invernadero –casi un 25% del total que la acción del hombre expulsa a la atmósfera– que se utilizan para nada, incrementando escandalosamente el impacto medioambiental. Las montañas de residuos de alimentos producen gas metano, cuyo efecto invernadero es 21 veces superior al del dióxido de carbono. Si para producir 1 kilo de alimento se necesitan emitir 4,5 kilos de dióxido de carbono a la atmósfera, los consumidores de la Unión Europea, que tiramos anualmente 89 millones de toneladas de desperdicios alimentarios, elevamos esa emisión hasta los 170 millones de toneladas. En un momento en el que se hacen números para financiar medidas que frenen el cambio climático esta es una factura que claramente podría ahorrarse.

Cada año se pierde o desperdicia en el mundo un tercio de los alimentos producidos para el consumo humano, unos 1.300 millones de toneladas

Ahora bien, aunque los alimentos se pierden o desperdician a lo largo de toda la cadena alimentaria, desde la producción agrícola hasta el consumo en los hogares, lo cierto es que hay que señalar diferencias notables. Mientras que en los países de bajos ingresos los alimentos se pierden durante las primeras etapas y las etapas intermedias de la cadena de suministro de alimentos y se desperdician muchos menos alimentos en el consumo, en los países de ingresos medios y altos los alimentos se desperdician de manera significativa en la etapa del consumo, incluso si todavía son adecuados para el consumo humano. En los países de desarrollo en transición, las limitaciones económicas –derivadas de la climatología adversa, condiciones de distribución, almacenaje y pobreza– provocan grandes pérdidas. Por su parte, en los países más industrializados las pérdidas provienen de la falta de coordinación entre los actores de la cadena de suministro y del com-

¹⁵ Jenny Gustavsson, Christel Cederberg, Ulf Sonesson, Robert van Otterdijk y Alexandre Meybeck «Pérdidas y desperdicios de alimentos en el mundo: alcance, causas y prevención», FAO, 2012, Roma, disponible en: <https://www.fao.org/3/i2697s/i2697s.pdf>

portamiento del consumidor. Los acuerdos de compra y venta entre productores y distribuidores implican estándares de calidad que suelen rechazar ciertos productos por no ajustarse a una apariencia determinada. A lo que se suele añadir la falta de planificación en la compra y la actitud frente al alimento que muestran ciertos consumidores. En Europa y América del Norte se desperdician por persona del orden de 95 a 115 kg/año, mientras que en el África subsahariana y en Asia meridional y sudoriental esta cifra se reduce de 6 a 11 kg/año. El gestor de residuos se ha convertido en un actor fundamental dentro de la cadena alimentaria.

En conclusión

La malnutrición es un problema político donde habiendo alimentos suficientes no se logra el margen de distribución que garantice un acceso proporcional a la población mundial. Sin embargo, la solución técnica orientada a la lógica de rendimientos del agronegocio ha imperado en el diseño de las principales soluciones. Y no por casualidad.

En el diseño de este sistema y su aplicación destacan dos colectivos de perdedores: los pequeños agricultores y los consumidores. Los ganadores se colocan todos del lado de las empresas transnacionales del agronegocio que acapara prácticamente todos los eslabones de la cadena de valor alimentaria, desde los grandes productores con el control de los agroquímicos, pasando por responsables de la transformación y distribución de alimentos y en las últimas décadas, integrando a las financieras que especulan con los recursos y las cosechas a futuro y promueven las grandes plataformas de venta al público. Pero donde realmente tienen y ejercen su poder las transnacionales agroalimentarias es en el comercio, las subvenciones, las leyes laborales, las patentes, el uso del suelo, la regulación fitosanitaria, los gastos en infraestructuras y las políticas de mercado en las que influyen para responder a sus intereses. Su concentración en oligopolios destruye la red alimentaria campesina y los sistemas alimentarios agroecológicos.¹⁶

Sin embargo, estos gigantes necesitan seguir fusionándose para mantener su poder y eso puede señalar su vulnerabilidad si las políticas nacionales y los beneficios de los accionistas no van a su favor. El Sur global, mucho más que en EEUU

¹⁶ Grupo ETC, «Megafusiones y amenazas a la soberanía alimentaria», Grain, blog, 20 de abril de 2016, disponible en: <https://grain.org/es/article/5444>

y la UE, en países como Argentina, Brasil, Sudáfrica, China o Indonesia puede estar la clave para romper con el monopolio. Si estos países bloquearan las fusiones, se podría avanzar en un sistema orientado por el campesinado y los productores agroecológicos, es decir, hacia una alimentación saludable y sostenible. Se trata de desmantelar el complejo industrial químico/semillero y demostrar que los negocios agrícolas y la tecnología no contribuyen a la soberanía alimentaria, sino a la privatización de los recursos propiedad de todos. Si hasta ahora había sido fácil proponer alternativas sociopolíticas ante una realidad controlada, la actual amenaza ecosocial ni siquiera puede traducir el impacto que el cambio climático tiene y tendrá en el futuro o la falta de recursos sobre las sociedades y las personas. La alimentación debe, por tanto, incorporarse al análisis geopolítico. De esta forma se podrá medir la hegemonía real sobre los recursos estratégicos que dividen geopolíticamente el mundo y proponer un reparto más justo del planeta.

Por otro lado, revertir las pérdidas que protagonizan los pequeños agricultores exige un vínculo más estrecho con los consumidores. La articulación de una demanda de alimentos saludables empieza con la incorporación de patrones de consumo que coincidan con la oferta de producción sostenible del agricultor. Desde dentro del sistema, instituciones como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS) promueven una alimentación más sostenible y saludable con intervenciones concretas en los ámbitos de la salud, educación y comunidad. Desde este entorno multilateral las medidas a tomar se circunscriben a la necesidad de transformar el sistema alimentario actual para «hacerlo sostenible, justo e inclusivo; mediante regulaciones que permitan a la población acceder a productos nutritivos, seguros, variados, a precio justo y producidos de manera responsable con el medioambiente».¹⁷ Sus recomendaciones se dirigen a todos aquellos actores que desde un entorno nacional deberían involucrarse en cambiar conductas e incluir iniciativas: gobiernos, escuelas, legisladores, comunidades, familias, consumidores, etc. Sin embargo, omite a los actores que tienen más poder y capacidad de influir en nuestra alimentación: las potencias agroexportadoras y los oligopolios agroalimentarios y financieros.

La articulación de una demanda de alimentos saludables empieza con patrones de consumo que coincidan con la oferta de producción sostenible del agricultor

¹⁷ FAO, «Educación alimentaria y nutricional para promover dietas saludables», Infografía, 2016, disponible en: <https://www.fao.org/3/c0064s/c0064s.pdf>

En esta misma línea, algunos autores apelan a una democratización del sistema agroalimentario, así como experiencias prácticas que representan una voluntad de emancipación del sistema dominante. En este sentido, Marina Di Masso Tarditti,¹⁸ a través de las experiencias de las redes alimentarias alternativas, señala la soberanía alimentaria como un referente para repolitizar el hecho alimentario. Pero esto no deja de ser una propuesta de transformación social en el ámbito agroalimentario.

Desde mi punto de vista, la solución debe comenzar en un profundo cuestionamiento del sistema de producción donde modelos alimentarios como el de EEUU y de la UE consumen un tercio de la demanda mundial total de energía.¹⁹ Para producir fertilizantes se requiere gran cantidad de gas natural y los combustibles fósiles son indispensables en el manejo de cultivos, procesamiento de los alimentos, embalaje, transporte, etc. El vínculo de la energía con los alimentos se estrecha aún más si hay un encarecimiento del precio del petróleo, devaluaciones del dólar, aumento de la producción de etanol y de manera distorsionante, cuando se produce un desmedido flujo de capitales especulativo hacia los mercados alimentarios. Esta relación con la energía influye decisivamente en el acceso a los alimentos, pero lejos de reducir la dependencia y promover su conservación, esta se perpetúa. Solo hay que ver la reacción frente a la restricción energética que ha supuesto la invasión rusa de Ucrania mayoritariamente dirigida a la búsqueda de otras fuentes energéticas. En este sentido, la solución a largo plazo pasaría por aumentar el control público sobre estos dos sectores como, por ejemplo, a través de la municipalización o nuevas formas de cooperativas tal y como propone GRAIN.²⁰ Desde esta organización la solución implica cambiar «el control social de la energía y la producción y distribución de alimentos hacia una propiedad o gobernanza más colectiva» con patrones de consumo saludables y sostenibles.

Kattya Cascante Hernández es profesora de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid

¹⁸ Marina Di Masso Tarditti, «Redes alimentarias alternativas y soberanía alimentaria. Posibilidades para la transformación del sistema agroalimentario dominante», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, España, 2012, disponible en: http://www.socioeco.org/bdf_fiche-document-3623_es.html

¹⁹ Fabio Monforti-Ferrario, Jean-Francois Dallemand e Irene Pinedo Pascua *et al.*, «Energy use in the EU food sector: State of play and opportunities for improvement», EUR 27247, Oficina de publicaciones de la Unión Europea, Luxemburgo, 2015, JRC96121, disponible en: <https://publications.jrc.ec.europa.eu/repository/handle/JRC96121>

²⁰ GRAIN, «Una salida a la crisis alimentaria energética-climática», 24 de noviembre de 2022, disponible en: <https://grain.org/es/article/6912-una-salida-a-la-crisis-alimentaria-energetica-climatica>